**ACUMULACIÓN DE PRIVILEGIOS Y REPRODUCCIÓN DE CLASE EN MÉXICO**

**Minor Mora-Salas y Orlandina de Oliveira**

1. **Introducción**

En este capítulo analizamos rasgos sobresalientes de la biografía de un grupo de jóvenes para mostrar cómo las familias mexicanas de clase media alta movilizan un vasto conjunto de recursos sociales, culturales y económicos con el propósito de ampliar las oportunidades de vida de sus hijos e hijas y promover la reproducción intergeneracional de este grupo social.

Mostraremos cómo la acumulación progresiva de ventajas sociales constituye un factor clave para explicar el éxito laboral que la mayoría de estos jóvenes logran al incorporarse al mercado de trabajo. Previamente analizaremos la composición familiar, los recursos de que disponen y las decisiones que orientan las trayectorias educativas de su descendencia. También la creciente importancia que otorgan estas familias a la formación extra-académica de su descendencia, con el fin de promover la adquisición de un amplio conjunto de recursos de carácter prohibitivo. Asimismo, observaremos el tipo de acompañamiento que activan estas familias cuando sus hijos enfrentan situaciones de crisis o coyunturas vitales que ponen en riesgo, a futuro, la preservación de la posición social. Finalmente, analizaremos cómo acontece el proceso de integración de estos jóvenes al mercado laboral, poniendo particular énfasis en las estrategias de búsqueda de trabajo, una vez concluida su fase de formación universitaria, tanto como las facilidades u obstáculos que tuvieron que enfrentar para hacerse de un empleo profesional de calidad en un mercado de trabajo que ofrece oportunidades laborales limitadas.

**2. La acumulación de ventajas sociales: tres hipótesis de trabajo**

Diversos analistas han enfatizado la importancia de analizar los procesos micro-sociales, para entender cómo familias de estratos altos movilizan sus recursos económicos, sociales y culturales para orientar la trayectoria de vida de sus hijos e hijas (Lareau, 1987; Devine, 2004; Kaufman, 2005; Barg, 2015). Se ha tornado de interés el estudio de prácticas cotidianas de crianza y socialización que llevan a cabo familias de diferentes orígenes sociales y grupos raciales, con el fin de entender los procesos de reproducción de las desigualdades sociales (Lareau, 1987; 2000; 2015; Gorman, 1988; Brown, 1995; Chin y Phillips, 2004; Sherger y Savage, 2010; Barret y Edgerton, 2016).

Una de las hipótesis en boga, en esta bibliografía, indica que las familias con mayor dotación de recursos, promueven prácticas de socialización orientadas a promover el desarrollo de un conjunto amplio de capacidades -cognitivas, emocionales y sociales- desde los primeros años de la niñez, favoreciendo, la acumulación de una amplia constelación de ventajas sociales. En el acceso privilegiado a estos recursos se encontraría una de las claves para entender el éxito que tienen estos grupos para posicionar a sus hijos e hijas, al iniciar su vida laboral, en ocupaciones con alta presencia de individuos de clase media alta.

Otros estudiosos sostienen que, en la fase del capitalismo global, la reproducción social de las clases medias está inmersa en un contexto de cambio social que genera mayor incertidumbre y riesgos sociales (McCleand, 1990; Devine, 2004; Brown, 1995, 2000). El origen de la creciente incertidumbre de estos grupos se localizaría en dos procesos. Por un lado, la ruptura del monopolio de acceso a la educación universitaria del que gozaron las clases medias y altas en el pasado.[[1]](#footnote-1) La masificación de la educación superior habría abierto las puertas a jóvenes de clases trabajadores para acceder a un título universitario lo cual, se supone, podría desencadenar una mayor disputa por el acceso a las ocupaciones típicas de clase media alta. Por otro lado, la reestructuración de los mercados de trabajo, asociados con los procesos de globalización -económica, tecnológica y productiva-, y con las políticas neoliberales, redujo el ritmo de expansión de las posiciones ocupacionales de clase media alta y precarizó segmentos importantes del mercado laboral profesionista (Brown, 2000, De Wille y Edgerton, 2016; Burgos y López, 2010).

A juicio de otros autores dichos enfoques continúan poniendo el acento en factores estructurales, al enfatizar la movilización de recursos asociados la posición de clase de las familias. Asimismo, no consideran el rol activo que los propios jóvenes deben asumir, para convertir los recursos que sus familias ponen a su disposición, en ventajas efectivas que les permitan lograr una posición social ventajosa en el mercado laboral. Desde esta perspectiva, la reproducción intergeneracional de la clase no es un proceso automático. El mismo requiere de una dosis importante de agencia humana. Lo cual exige la necesidad de desarrollar un enfoque que considere el inter-juego entre la constelación de recursos que poseen las familias de clase media alta, las condiciones institucionales que regulan las trayectorias de vida de sus descendientes, así como las elecciones, acciones y horizontes de vida que orientan el curso de vida de las y los jóvenes.

**3.** **Acumulación de ventajas sociales: movilizando los recursos familiares**

*La composición del grupo y sus familias*

El grupo bajo estudio está conformado por una docena de casos -siete varones y cinco mujeres-, residentes en la Ciudad de Monterrey. Sus edades oscilan entre los veintitrés y los treinta años. Su edad promedio es de veinticinco años. Todos residen en la Ciudad de Monterrey. Diez nacieron en esta ciudad y han habitado aquí toda su vida, salvo un caso, quien vivió un año fuera de la ciudad. Los dos casos restantes corresponden a mujeres nativas de los estados vecinos de Chihuahua y San Luis Potosí, quienes se mudaron a Monterrey, a los dieciocho años, con el fin de cursar sus estudios universitarios. Y, posteriormente, se radicaron en esta ciudad.

Estos jóvenes provienen de familias nucleares biparentales. En nueve casos, tanto el padre como la madre son profesionistas. En los tres restantes, el padre es profesionista y la madre culminó la Educación Media Superior. Algunos padres tienen licenciaturas en el área de las ingenierías, otros en ciencias de la salud, también hay profesionales de las ciencias económicas, sociales y humanidades. Entre las madres profesionistas predominan las áreas vinculadas con las ciencias de la educación, humanidades y las artes.

 Según los relatos del grupo de jóvenes, sus padres han ocupado posiciones altas en las empresas donde han laborado, ya sea como directivos de alto rango en instituciones públicas o como gerentes o administradores en consorcios empresariales privados de amplia reputación. La minoría reportó que sus padres eran dueños de empresas. Las madres, por su parte, se desempeñaron como profesionistas asalariadas en el sector público y privado, varias en cargos directivos. En tanto que otras laboran como profesionistas independientes, establecieron negocios por cuenta propia o compartieron la responsabilidad de co-administrar las empresas familiares, ya sea que estas fuesen propiedad de sus respectivos padres o de sus esposos.

 Los relatos dan cuenta de que los jóvenes han disfrutado, a lo largo del tiempo, de un estilo de vida confortable: vivienda propia en zonas exclusivas de la ciudad; automóvil familiar; empleada doméstica; amplia dotación de electrodomésticos y diversos enseres del hogar; televisión por cable; acceso a internet; acceso a clubes privados -deportivos y recreativos- y viajes vacacionales en México y en el extranjero-. Y, cuando lo requerían, asistían a consultorios médicos privados. También recuerdan que, desde la niñez, sus familias salían a consumir alimentos en restaurantes.

Por lo anterior, el grupo de jóvenes, sin excepción, expresa que la vida los ha tratado *“muy bien*”, “*super bien*” o “*increíble*”. Ninguno recuerda haber enfrentado algún tipo de privación económica a lo largo de su vida, aunque un pequeño grupo tiene presentes períodos de menor bonanza asociados con crisis de los negocios familiares o la gran crisis económica de 1994-1995 que trastocó, coyunturalmente, la situación laboral de sus padres.

**Acumulando recursos culturales**

Los relatos de estos jóvenes dan cuenta sus familias no han escatimado esfuerzos para fomentar su desarrollo personal y ampliar sus oportunidades de vida. Lo cual conllevo a las familias a orientar y acompañar el proceso de desarrollo de estos jóvenes, en diversos campos sociales, desde los primeros años de su vida

En cuanto a la *trayectoria escolar*, se caracteriza, para el conjunto, por haber transcurrido en escuelas, colegios y universidades privadas de carácter prohibitivo. Según los relatos analizados, estas instituciones escolares fueron seleccionadas por sus padres y madres con la expectativa de que brindarían una educación de mayor calidad; atención individualizada, cuando fuese necesaria, y un ambiente escolar que reforzaría la importancia del estudio y fomentaría, metas académicas altas como horizonte de vida futura.

Pero no sólo se valoraron las cualidades académicas de estas instituciones escolares. También se tuvo en cuenta que, expandir las oportunidades de vida de estos jóvenes, implicaba construir una amplia red de relaciones sociales entre personas de la misma extracción social. Las interacciones sociales que acontecen en el ámbito escolar, entre estudiantes, pero también con los docentes, refuerzan sentimientos positivos respecto de la educación como un medio de superación personal. También contribuyen a generar un activo social en tanto, en dichas instituciones, se construyen redes sociales que, posteriormente, pueden ampliar las oportunidades laborales de las personas. Adicionalmente, su paso por estas instituciones les permitió irse diferenciando, por contraste, respecto de jóvenes de otros sectores sociales.

Este proceso de diferenciación social sólo se torna visible, para estos jóvenes, cuando, toman distancia de tales espacios institucionales. Dos testimonios transmiten con gran nitidez este punto. Por un lado, Wilson, veintiocho años, odontólogo, narra haber sido expulsado de la escuela a la que asistía, durante su segundo año estudios de secundaria. Esto lo forzó a estudiar, un año, en una escuela pública. Lo que nos interesa recalcar aquí es su experiencia del contraste social al tener que interactuar con adolescentes de extracción popular con los que él, hasta ese momento de su vida, no había tenido contacto alguno.

“*Por calificaciones y conducta me tuve que ir de un colegio particular a una escuela pública ya que no me aceptaban en ninguna privada. Tuve que ir a una clase muy muy distinta. Entonces todo era distinto: el ambiente, los gustos, los compañeros*”.

 Por su parte, Arturo, veinticinco años, ingeniero en sistemas, indica que, en su ambiente escolar, predominaban personas de orígenes sociales altos que se diferenciaban de otros por asumir prácticas de distinción social y estilos de vida propios de esos grupos, lo que los lleva a asumir conductas altivas. A su entender, esta fue una de las experiencias que más lo marcó en su vida. En sus propios términos:

“*Me ha dejado huella en la vida el haber estado en una escuela bilingüe, conviviendo con chavos, digamos, un poco medio fresas.[[2]](#footnote-2) Algunos creídos. Tal vez, en algún momento, también yo fui creído*”.

 Este último testimonio, introduce, además, otro de los rasgos del tipo de instituciones educativas a que asistió la mayoría de casos del grupo comentado. Todos cursaron estudios en escuelas privadas de élite, acumulando una ventaja adicional que sólo los grupos de mayor poder adquisitivo pueden financiar. Mediante esta decisión las familias buscan dotar a sus hijos e hijas de credenciales educativas que constituyen un rasgo de diferenciación social en el mercado de trabajo. Se espera que estas credenciales, en conjunto con otros recursos, hagan la diferencia para acceder, llegado el momento, a un empleo de calidad. Ernesto, veinticinco años, licenciado en psicología, expresa esta idea en los siguientes términos:

“*Tal vez para alguien con mis recursos le sea más sencillo [conseguir trabajo] que para otra persona. Porque, por un lado, tengo unos recursos que me han proveído mis padres, que son bastante buenos. Son mi educación, el hecho de que hablo inglés, de que soy titulado de una universidad de prestigio, que tengo buenos valores, que tengo una cultura del trabajo*”.

Existe, entre estos jóvenes, plena consciencia de la importancia que tiene en sus vidas el dominio del inglés, así como de las ventajas que esto les confiere, allende el campo laboral. De nueva cuenta, el testimonio de Arturo es invaluable para referirse a las mayores oportunidades de vida que confiere el dominio del inglés:

“*La oportunidad de platicar con cualquier persona de otra cultura, de otro idioma, siempre es un placer, más que nada si lo puedes hablar como un americano o como un inglés. (…) Es importante conocer otro idioma para darse cuenta de muchas cosas. Me ha abierto las puertas porque, de repente, una que otra vez ha venido algún americano, de estudiante, y yo he podido hablar con él. He estado en centros de conferencias, he conocido investigadores, gente que sabe mucho*.”

Las familias de estos jóvenes no se restringieron a fomentar el aprendizaje de un segundo idioma para ampliar la dotación de recursos con que su descendencia. Realizaron esfuerzos adicionales para ampliar los recursos de sus hijos e hijas, fomentando el estudio, desde la niñez, de otros idiomas. Mediante este tipo de prácticas le permiten a sus hijos e hijas acumular un conjunto de ventajas sociales cuyo costo económico hace imposible que otros estratos sociales las emulen. Adicionalmente, los preparan para enfrentar una competencia que trasciende las fronteras nacionales en razón de los procesos de globalización que acaecen en los mercados laborales. Entre los jóvenes del grupo analizado, Leonardo reporta haber tomado, desde la niñez, lecciones de francés, al igual que Camila y Antonia. Ernesto, clases de italiano. Alfredo, por su parte, lecciones de alemán, japonés y francés.

Adicionalmente, las familias también emprendieron acciones para fomentar actividades culturales complementarias. Sonia, por ejemplo, asistió, ininterrumpidamente, desde la niñez, a una academia privada de danza. Antonio relata que “*siempre llevaba un chorro de cursos, así de clases extracurriculares*”. Camila asistió a talleres de teatro y pintura. Ismael, a clases privadas de fotografía. Vania indica que su participación en diversos talleres artísticos, la marcó de tal forma que cuando ingresó a la universidad quería estudiar una carrera vinculada a las artes. Alfredo asistió a clases de piano “*de más pequeño, llevaba música. Yo tocaba el piano*”. Ernesto también refiere haber realizado clases de música, por cuatro años, “*cuando estaba chico*”. Mientras que Arturo recuerda haber participado, durante quince años, en grupos de asociacionismo juvenil. Gerardo es el único entrevistado que no reporta haber tenido acceso a algún tipo de experiencia formativa extraescolar, lo cual explica porque tiene cinco hermanos y el presupuesto familiar no alcanzaba para financiar estos “*lujos*”.

La investigación especializada ha documentado la centralidad que tiene este tipo de experiencias formativas de cara a la formación de habilidades sociales, comunicativas y emocionales que, en la actualidad, bajo la denominación de habilidades blandas o competencias sociales, gozan de un alto valor de mercado, en tanto amplían los recursos socio-culturales y laborales de las personas (Lareau,1987; 2000; 2015; Khan y Jerolmack, 2013; Barg, 2013; Carslon, 2015, Törqvist, 2018). También es conocida la creciente importancia que poseen las habilidades no-cognitivas aprendidas en las fases tempranas del curso de vida como un factor generador de desigualdad social cuando las personas alcanzan la fase juvenil (Coneus, Gernandt y Saam, 2010; Brunello y Schlotter, 2011; Anger y Schnitzlein, 2016).

El grupo de jóvenes analizado también estuvo expuesto a ambientes culturales cosmopolitas, por medio de los viajes internacionales que, con frecuencia, realizaban con sus familias a otros países. En la mayoría de los casos, este tipo de experiencias de vida inició en la niñez. Aunque, al parecer, fue durante su vida universitaria cuando las mismas parecen haber dejado una huella más profunda, o al menos, se identifican relatos más explícitos sobre las enseñanzas de vida que les deparó este tipo de vivencias. Según sus relatos, estos viajes posibilitaron entablar contactos directos con otra cultura, expandir su horizonte de vida y les brindó múltiples oportunidades para practicar inglés.

Conforme estos jóvenes fueron creciendo, los relatos muestran grados crecientes de autonomía con respecto a la programación de viajes internacionales, hasta el momento en que se realizan con independencia del núcleo familiar, lo cual ocurre, por lo general, cuando cursan estudios universitarios. Antonia, reporta haber viajado sola por Europa a los veintiún años. Camila indica viajar con mucha frecuencia a Estados Unidos en compañía de amigas desde que cursa la universidad. Sonia haber vivido, después de su graduación, un año en Estados Unidos. Leonardo viajó a Estados Unidos y Francia. Mientras Ismael relata su viaje por Europa cuando tenía 20 años. Alfredo comenta haber viajado, con amigos, a Chile, Argentina y Bolivia a los veintidós años.

 La ampliación del horizonte de vida que estos jóvenes desarrollan, desde temprana edad, se vio reforzada por el diseño institucional de las instituciones universitarias a que asistieron. Ello implicó cursar uno o dos semestres académicos en una universidad localizada en el extranjero. El financiamiento de estas experiencias académicas es un costo adicional que deben cubrir sus familias. Su centralidad en la trayectoria escolar es tal que incluso Gerardo, el menos afluente del grupo, refiere a que él y sus hermanos participaron de este tipo de intercambio: “*Yo fui a Houston. Enrique va ir a Brasil. El que me sigue a mí, Vicente, fue a Francia. Mi hermana a Canadá*”.

Estas experiencias son muy valoradas por tres razones. Primero, permiten ampliar el dominio del inglés, convertido ahora, en su segunda lengua. Segundo, ensanchan sus horizontes de vida, permitiéndoles plantearse proyectos allende las fronteras nacionales, por ejemplo, realizar cursos de especialización, capacitación o estudios de postgrado en el extranjero. Y, tercero, los confronta, por primera vez, a administrar un presupuesto, tomar decisiones por sí mismos y gestionar todas las tareas de la vida cotidiana, contribuyendo a su proceso de maduración personal.

 A juicio del grupo de jóvenes analizado este tipo de experiencias les permitió ampliar sus horizontes culturales y estar abiertos a oportunidades de estudio y trabajo allende las fronteras nacionales. En ese sentido, han logrado amasar un vasto repertorio de recursos culturales que, sin duda, influyen en la forma en cómo visualizan su futuro y sus

*El logro escolar*

El nivel de logro escolar de este grupo jóvenes es el esperado según su origen social, el clima escolar familiar y las aspiraciones familiares respecto al desarrollo futuro de sus hijos e hijas. Todos los casos reportan haber realizado sus estudios de licenciatura sin mayores contratiempos. Obtuvieron su título de licenciatura a la edad de veintidós o veintitrés años, de conformidad con el canon establecido. Sus trayectorias escolares fueron lineales e ininterrumpidas. Esto se tradujo en una ventaja adicional al situarlos en una posición más favorable para planear la continuidad de su formación profesional futura. En otros casos, como el de Gerardo, permitió cursar una segunda carrera universitaria o, como en el caso de Ernesto, cambiar de carrera después de haber cursado la mitad de la licenciatura en ingeniería de sistemas, al percatarse que su vocación profesional yacía en otro campo de especialización.

La trayectoria escolar y la conclusión de sus estudios de licenciatura están relacionados con un conjunto de factores. Nos interesa resaltar tres. Primero, y como ya anotamos, sus familias poseen los recursos económicos suficientes para garantizar el desarrollo de trayectorias escolares continuas y con dedicación exclusiva, desde la primaria hasta la universidad. Segundo, se observan las huellas indelebles de procesos de socialización familiar orientados a generar una valoración positiva de la escuela y a forjar un proyecto de vida profesional. Tercero, se constata en este grupo de jóvenes la introyección del “habitus académico” como un elemento orientador de su conducta escolar, lo que les permitió realizar sus estudios universitarios según lo proyectado.

En relación con la formación de un “habitus académico”, estos jóvenes han disfrutado de la ventaja de vivir entre familias con un clima escolar propicio para el desarrollo de este tipo de comportamiento escolar. El mismo no se reduce al hecho de que sus padres, y la gran mayoría de las madres son profesionistas, sino a que sus hermanos y hermanas han seguido el mismo sendero. Sonia, la mayor de tres hermanos, por ejemplo, comenta que sus dos hermanas menores están estudiando, una en la universidad y la otra en la preparatoria. Vania, comunicadora, veintitrés años, la menor de tres hermanos, indica que su hermana mayor es arquitecta y su hermano es comunicador. Gerardo, hijo de la única familia numerosa del grupo señala que:

“*la mayoría de mis hermanos ya está trabajando. Los que no trabajan están terminando la universidad. El mayor es comunicador. El que me sigue a mí es ingeniero mecánico. El siguiente también es ingeniero. Mi hermana está terminando de estudiar Trabajo Social. Y, el más chico acaba de ingresar a la carrera de ingeniería en sistemas*.”

El clima escolar familiar también incluye el acompañamiento para forjar, desde la infancia, hábitos de estudio. Estas actividades suelen recaer en las figuras maternas, según lo que se desprende de los relatos. Las mismas hacen referencia a prácticas de lectura en la niñez a cargo de sus padres/madres, acompañamiento y supervisión de tareas escolares y la participación de las madres en actividades extra-curriculares. Gerardo, por ejemplo, ilustra este tipo de experiencias de formación de hábitos escolares en su familia en los siguientes términos:

“*Me acuerdo que yo estaba chiquito en el Kinder, y tenía uno que hacer planas de eso de bolitas y palitos. Y yo tengo muy mala letra. Pero mi mamá el día que los hacía muy feo, me los borraba y las tenía que volver a hacer. Entonces tenía que hacer un esfuerzo en hacerlas bien. (...) Y, de alguna manera, ella estaba al pendiente de todos los días de que hiciéramos la tarea, y así, nos empezamos a valer por nosotros mismos, a responder por lo que hacemos, a ser responsables, a cumplir con lo que teníamos que hacer. Y, ese hábito de la responsabilidad, después me sirvió en muchos aspectos en mis estudios y en el trabajo. Son cosas que se me dieron en mi casa y que de alguna manera formaron en mí, ciertos valores que ahorita ya los tengo bien impregnados.*”

El único caso que refiere no haber desarrollado una valoración positiva de su experiencia escolar es Wilson, quien indica tener una relación instrumental con el estudio. Comenta: “*jamás me ha gustado la cuesta*. N*unca me ha gustado estudiar*” y agrega, “*el estudio, en mi caso, es como prepararte para ganar dinero y mantenerte. No es ni mi vida ni mi principal prioridad*”. Empero, a pesar de este posicionamiento crítico, concluyó su licenciatura a los veintitrés años y, posteriormente, realizó estudios de técnico dental y cursó una especialidad en ortodoncia. Es decir, pese a su actitud crítica respecto del estudio, su relato da cuenta de que ha sido un estudiante disciplinado.

Como hemos indicado, este grupo de jóvenes moldeó su trayectoria escolar con el horizonte de obtener un título universitario. Ninguno de los jóvenes manifestó tener dudas sobre esta ruta de vida. La aspiración de realizar una carrera universitaria, parece estar inmersa no sólo en un entorno familiar propicio, donde este tipo de trayectorias se fraguan, sino también en un medio social e institucional que favorece este tipo de recorridos. La interacción con pares de la misma extracción social, con otros familiares y amigos, terminó reforzando la importancia de este itinerario biográfico. Asimismo, su socialización escolar en instituciones académicas que fomentan la realización de estudios superiores, es otro elemento que coadyuva a orientar y naturalizar su trayectoria de vida.

Tampoco resultó problemática la selección de la universidad en la que cursaron sus licenciaturas. El rango de elección estuvo acotada a un número muy limitado de universidades privadas. El propio diseño institucional de estas instituciones contiene mecanismos de atracción y facilidades de ingreso para quienes cursan estudios de preparatoria en colegios privados con alta reputación académica. Quizás por ello ninguno de los diez casos que estudió en instituciones privadas se sometió a algún tipo de filtro académico para ingresar a la universidad. El verdadero tamiz lo constituyó la capacidad de pago de sus familias. En tal sentido, el tránsito de la Educación Media Superior a la Universidad, no constituyó, al menos en lo que al acceso se refiere, a una experiencia crítica

 Lo que sí generó zozobra fue la elección de la carrera profesional. En estas situaciones juega un rol clave la orientación de sus progenitores. Aunque, no siempre para facilitar espacios de autonomía decisional. Ello fue particularmente crítico para algunas jóvenes, quienes reconocieron haber sufrido presiones por parte de sus padres para modificar sus preferencias electivas originales. Sobresalen aquí las experiencias Camila y Claudia. La primera, licenciada en ciencias políticas, quien originalmente pensaba cursar la carrera de derecho. Empero su padre la “convenció” de que buscará otra opción pues consideraba que el derecho era una carrera muy saturada y peliaguda. Ella comenta: “*Mi papá me hacía el comentario de que primero tienes que defenderlos [a los clientes] y luego te andas peleando con ellos para que te pague*”. La segunda, inicialmente quería estudiar una licenciatura en arte. Sin embargo, sus padres no lo autorizaron. Esto la forzó a buscar una segunda alternativa. Su testimonio es indicativo de esta restricción electiva cuando indica que “*yo siempre quise estudiar algo relacionado con el arte. Pero no se pudo. Aquí [en Monterrey] no hay nada. Mis papás no me iban a dejar irme [a vivir en otra ciudad]*.”

Para otros jóvenes, la elección de la carrera resultó un hecho problemático pues aconteció a temprana edad, cuando aún no tenían claro sus inclinaciones profesionales. Antonia, veinticuatro años, menciona que tuvo que tomar esta decisión cuando “*estaba por terminar mi preparatoria y no tenía ni la menor idea de qué quería estudiar. Nada me gustaba*”. Ismael, veintitrés años, comenta su actual sentimiento de desafección con la carrera cursada, pues a su entender “*Estaba muy chico como para pensar bien en mi futuro. Entonces, ahora siento que no me conviene mucha la carrera que elegí*”. Y, finalmente, Ernesto, veinticinco años, cuya primera elección de carrera fue influenciada por su grupo de pares, indica “*Yo me fui a ingeniería porque todos mis amigos se fueron por ese lado. Yo creí que me iba a gustar. Pero la verdad, a mi nada más me gustaba jugar con la computadora. No me gustaba programar ni hacer bases de datos*”.

En contraste, están los jóvenes que no experimentaron angustia pues eligieron cursar una carrera universitaria siguiendo el patrón familiar. Sobresale la experiencia de Ingrid, treinta años, quien afirma haber descubierto su vocación desde la niñez, gracias a la interacción con sus tías, quienes ejercían la odontología y con quienes siempre tuvo mucha cercanía. Por esta vía, ella logró adquirir familiaridad con esta profesión “*tengo tres tíos dentistas. Entonces yo ya sabía a lo que me acercaba*”. Su horizonte profesional se forjó desde la infancia “*yo empecé a decidir que quería ser dentista desde los cinco años”.* Ella nunca dudó de esta elección.

Ya sea que eligieran libremente sus profesiones, experimentaran orientación o presión familiar, o que tuviesen claridad sobre su orientación vocacional, la constante, en todos los casos, fue el apoyo irrestricto de sus padres para cursar sus estudios universitarios. Este respaldo implicó, cuando fue necesario, la orientación en el período de elección de una carrera profesional y el apoyo emocional en coyunturas de crisis personal. Particularmente relevante resultó para brindar una segunda oportunidad a aquellos jóvenes que lo requerían. Esto aconteció, en casos como los de Ismael, Ernesto y Gerardo, quienes, después de haber cursado más de la mitad de su plan de estudios, descubrieron que su elección inicial fue incorrecta y requirieron apoyo para iniciar una nueva carrera. Mientras, en otros casos, como el de Juan, veintiocho años, el desempleo post-titulación lo orilló a estudiar una segunda carrera universitaria para mejorar su empleabilidad.

Finalmente, pero no menos importante, estos jóvenes, una vez que concluyen sus estudios universitarios, también manifiestan una marcada inclinación por realizar estudios de postgrado. Los de mayor edad, Ingrid y Wilson, de treinta y veintiocho años respectivamente, ya han realizado especialidades en su campo profesional. Otros como Alfredo, Ernesto e Ismael, ya iniciaron sus estudios de maestría. Leonardo, y Arturo, al igual que Camila, Vania y Antonia, proyectan iniciar sus maestrías pronto, aunque por ahora están en una fase de acumulación de experiencia laboral. La mayoría planea realizar doctorados en el extranjero, en universidades del primer mundo. Asumen que por esta vía adquirirán los conocimientos y certificaciones indispensables para salir airosos en un mercado laboral cada vez más competitivo y globalizado.

***La importancia de postergar las transiciones sociodemográficas.***

Con la excepción del caso de Sonia, veintiocho años, abogada, casada y en espera de su primer hijo, los demás jóvenes se encuentran solteros. De manera consciente, la mayoría del grupo ha postergado el inicio de su primera unión conyugal tanto como la paternidad/maternidad. De hecho, sólo dos jóvenes, Ernesto -psicólogo de veinticinco años- y Wilson -dentista de veintiocho años-, tienen una relación de pareja estable y planes matrimoniales a futuro. Para el resto, la formación de una familia es un proyecto de vida situado a diez años respecto del presente.

Con excepción de Sonia y Camila, el resto del grupo tampoco ha experimentado su *emancipación residencial*, razón por la cual aún habitan en la casa paterna/materna. Sonia, alcanzó este tipo de emancipación al contraer nupcias. Mientras que Camila lo obtuvo cuando migró a Monterrey para realizar sus estudios universitarios. Empero, en su caso, esta transición es relativa, sus padres son quienes, hasta la fecha, pagan la renta de su departamento.

Para estos jóvenes residir en la vivienda de sus progenitores no constituye una vivencia problemática. Reconocen que ello les resta grados de autonomía decisional y que conlleva prolongar una relación de subordinación respecto de sus progenitores, pues implica acatar sus normas de convivencia. Sin embargo, consideran que estas restricciones son compensadas por las ventajas que obtienen. Tres son las prerrogativas resaltadas en los testimonios. Primero, les permite continuar haciendo un uso activo de los recursos familiares, y muy particularmente, mantener un estilo de vida alto, el cual, consideran, no podrían sostener si tuvieran que financiarlo con sus ingresos actuales. Vania, veintitrés años, sostiene que: “*me hago responsable de mis gastos, pero hay ciertos gastos en los que ellos todavía me ayudan*”. Esta misma idea se reitera entre los otros entrevistados quienes, pese a tener un trabajo profesional, aún no han asumido responsabilidad familiar alguna.

 Segundo, los faculta a destinar sus ingresos al consumo de bienes y servicios de alto valor simbólico y costos elevados, tales como viajes internacionales, compra de automóviles, equipos electrónicos y teléfonos inteligentes de última generación, ropa de marca y similares. Sobre el particular Leonardo, veinticinco años, sintetiza la opinión de todos los casos analizados al señalar:

 “*como te digo no pago renta, no pago casa, no tengo deudas, no mantengo a nadie. Pago mis cosas (…) Si quiero salir de vacaciones, por ejemplo, ir a la boda de alguien en Cancún, yo me la pago, u otro viajecito, yo me lo pago*”.

Tercero, les posibilita generar ahorros que esperan invertir, en el futuro, en la compra de una casa propia o en el inicio de un negocio propio. Las referencias de Gerardo, veintiocho años, condensa este comportamiento. Él afirma:

“*Yo prácticamente no ayudo en mi casa. Colaboró con lo mínimo, pero no tengo responsabilidad. Lo que gano lo pienso ahorrar para comprar una casa, para vivir por mi propia cuenta*”.

***La transición al mercado laboral***

El período clave, en los itinerarios laborales de este grupo de jóvenes, lo constituye el inicio de su vida profesional. En esta “coyuntura” se pone a prueba el verdadero valor de mercado de las ventajas sociales acumuladas en las fases previas de su curso de vida.

Lo que está en juego es la posibilidad de acceder a un trabajo de calidad que permita el desarrollo futuro de una carrera profesional satisfactoria. Analicemos, entonces, cómo el grupo de jóvenes enfrentó el proceso de incorporación laboral al concluir su ciclo de formación universitaria. Al respecto, se pueden observar dos modelos prototípicos de transición escuela-trabajo: el lineal y el no-lineal (Furlong y otros, 2006).

La mayoría de las y los jóvenes estudiados experimentó una transición fluida y favorable, logrando una inserción laboral satisfactoria tan pronto como iniciaron a ejercer sus profesiones. El otro subgrupo, integrado por un tercio de los casos, protagonizó un proceso de transición crítico, con exposición a períodos de desempleo, precariedad laboral o desvinculación profesional.

El tipo de transición al mercado de trabajo tiende a corroborar que, las ventajas sociales acumuladas por la mayoría de estos jóvenes rindieron los frutos esperados. En ese sentido, la racionalidad de inversión de sus familias de origen, tanto como los esfuerzos que cada uno de ellos realizó durante su etapa formativa, han resultado exitosos.

No obstante, el análisis de los procesos de incorporación laboral no puede agotarse sólo en la descripción del tipo de transición. Es necesario visualizar cómo aconteció este proceso, los recursos movilizados para acceder a empleos de calidad y las estrategias para superar los obstáculos de inserción laboral.

Si ponemos el acento en el proceso de incorporación laboral podemos identificar cuatro modalidades. La primera pone el acento en la intervención de instituciones educativas como factor organizador de la transición escuela-trabajo. La segunda enfatiza la integración guiada por lógicas familiares. La tercera resalta la importancia de las redes sociales como mecanismo de asignación de individuos a posiciones ocupacionales. La cuarta implica la intervención de los mecanismos mercantiles de intermediación laboral.[[3]](#footnote-3)

La *transición institucionalmente dirigida* refiere a una modalidad de incursión en el mundo del trabajo orientada por la existencia de un conjunto de dispositivos institucionales -bolsa de empleo, prácticas profesionales en la empresa; convenios entre empresas y universidades para favorecer contratación de egresados- que sirven para vincular la oferta y demanda de trabajo profesional. Se trata, como bien se constata en las entrevistas, de prácticas institucionalizadas, mediante los cuales las universidades de élite movilizan sus recursos, influencias y prestigio para propiciar la contratación de sus egresados en el sector privado.

A ciencia cierta, las y los jóvenes que cursan estudios en universidades que brindan esta facilidad, disponen de un recurso institucional que les permite disminuir las tensiones asociadas con la incorporación al mercado de trabajo. Movilizando este recurso logran evadir los mecanismos de mercado y, por esta vía, acceder a un empleo de calidad. Perciben salarios relativamente altos, en el contexto mexicano, aunque se sitúan por debajo de sus expectativas.[[4]](#footnote-4) Adicionalmente, gozan de contratos formales de trabajo y tienen acceso al paquete básico de prestaciones sociales. Es decir, se ubican dentro del selecto grupo de trabajadores jóvenes que logran acceder a un empleo protegido que, toda vez que guarda relación directa con sus campos de formación profesional, constituye el punto de inicio de una carrera laboral profesional.

No obstante, se debe señalar que la existencia de este tipo de mecanismo no garantiza acceso a un puesto de trabajo para todos los estudiantes que concluyen su vida académica en estas universidades. Por lo general, las mejores oportunidades se ofrecen a quienes estudiaron carreras con alta demanda de mercado. Ello conlleva, según los relatos analizados, un sesgo en favor de las carreras tecnológicas -ingenierías y tecnologías de información- o de gestión empresarial -administración de empresas-.

Vania, veintitrés años, comunicadora, ejemplifica el rol de intermediación laboral que realizan las universidades de élite. Ella reporta que, al concluir la universidad, no tenía idea alguna de cómo lograr un empleo profesional. Por este motivo recurrió al servicio de orientación laboral de la universidad “*no sabía por dónde buscar empleo*”. Allí le brindaron asesoría y la pusieron en contacto con “*una revista de Arte*”. Laboró, durante cuatro meses, como asistente de diseño. “*Después me pidieron que me quedara como encargada de la guía cultural*”.

Alfredo se benefició de las prácticas profesionales en empresas, un mecanismo instituido para posibilitar, a los estudiantes universitarios a punto de concluir su carrera, la puesta en práctica de sus conocimientos profesionales y que, al mismo tiempo, sirve como vía para establecer enlaces entre la oferta y la demanda laboral. Él reporta que, al concluir su práctica profesional, la empresa ofreció contratarlo, con todas las prestaciones de ley y un salario competitivo.

Ernesto, psicólogo empresarial, también logró su primer empleo profesional por vía de la intermediación de la institución en que estudiaba. En este caso, se reporta que la universidad tenía una base de datos con la información de todos los estudiantes que cursaban su último semestre de estudios. Esta información es facilitada a las empresas para que estas, cuando lo requieran, puedan contratar personal. Ernesto comenta “*mis datos estaban dados de alta en la base de datos de la universidad. Me hablaron. Me contactaron. Me contrataron. Así fue mi caso.*”

El segundo tipo, muestra una transición que podemos definir como *orientada por la familia*. Se trata de jóvenes profesionistas cuya inserción laboral profesional, se resolvió en el entorno empresarial familiar. Como tal, las y los jóvenes que alimentan este subgrupo, tampoco se enfrentaron al desafío de buscar un empleo por los conductos de mercado. Tampoco emplearon los recursos institucionales que ponen a su disposición las universidades para favorecer su inserción laboral. Estamos, como queda en evidencia, ante una inserción profesional basada en la movilización de recursos familiares como forma de resolver la transición al mercado de trabajo.

En este tipo hemos observado dos modalidades. Por un lado, están quienes habiendo estudiado una profesión liberal -derecho, medicina, arquitectura, etc.- ingresan a trabajar en consultorios propiedad de algún pariente. En algunos casos, esto se traduce, en la herencia de todos los activos, incluyendo el portafolio de clientes, lo cual da inicio a la ruta de trabajo profesional independiente. Ingrid, joven odontóloga, ejemplifica esta ruta. Al concluir su especialidad en ortodoncia, a los 27 años, logró instalar su propio consultorio, gracias a que su tía, también odontóloga, le heredó todo su equipo de trabajo. Ella indica que “*prácticamente no tuve que comprar nada*”. Además, sus padres, le cedieron y acondicionaron la planta baja de su casa para instalar su consultorio. Plantea que sus desafíos fueron “*modernizar el equipo y ampliar la cartera de clientes*”.

Una segunda modalidad acontece cuando los jóvenes profesionistas son incorporados en la empresa familiar para coadyuvar con las tareas de dirección o encargarse de algún área de producción. Camila, veinticuatro años, licenciada en ciencias políticas y administración pública, es quizás el caso prototípico de esta modalidad. Como hija única es consciente que, en el futuro, tendrá que hacerse cargo, de las empresas familiares. Para iniciar sus padres decidieron ponerla a cargo de una “franquicia” de uno de sus negocios para que, de manera progresiva, adquiera experiencia en la administración de sus empresas.

Este segundo tipo de inserción en el mercado profesional pone de manifiesta las ventajas del origen social y, al mismo tiempo, evidencia que la herencia de activos empresariales sigue siendo un mecanismo en boga para asegurar la transmisión intergeneracional de privilegios sociales.

El tercer tipo exitoso de transición escuela-trabajo muestra la importancia de las *redes sociales* como vehículo de inserción laboral. La lógica aquí es la movilización de información, recomendaciones y contactos derivados del acceso a redes sociales con acceso a recursos valiosos. Se trata, en los casos analizados, de redes sociales densas, con lazos fuertes, que se hilan a partir de la familia ampliada, se proyectan hacia los núcleos de sociabilidad de mayor proximidad -compañeros/as de estudio, novios y amigos cercanos- y se extienden a profesores y profesoras universitarios con los cuales se estableció una relación positiva.

El canal de conexión con el mercado laboral, y en particular, con la primera experiencia laboral post-graduación, viene dada por el acceso a un puesto de trabajo profesional a partir de las oportunidades ofrecidas por algún miembro influyente de sus redes sociales. Es decir, se trata de casos que consiguieron su primer empleo post-titulación, por medio de la recomendación directa de una persona con capacidad para influir en el proceso de contratación de jóvenes profesionistas. Por esta vía, se obtuvo información sobre plazas vacantes y las conexiones indispensables para acceder a estos trabajos. De esta manera, lograron convertir su posición social, en un valioso recurso laboral, ampliando sus ventajas posicionales en el mercado de trabajo. Nótese, de nueva cuenta, que este camino también sortea el uso de los mecanismos de intermediación del mercado, para asegurar acceso a una carrera profesional próspera.

Leonardo, veinticinco años, con estudios de ciencia política, es uno de los casos que mejor representa esta modalidad de inserción laboral. El relata que los dos trabajos que ha conseguido, con posterioridad a su graduación, los obtuvo gracias a las “*influencia de su padre y los amigos de su padre*”. A su juicio, su padre, quien labora en una institución a cargo de la organización del sistema electoral en su Estado, ha sido una “*ayuda fundamental”*, para ponerlo en contacto con sus clientes. Indica que “*lo que me gusta es que me estoy lanzando como independiente*”. Y refiriéndose al valor de las redes sociales para ampliar sus servicios de consultoría política indica que: “*estoy vendiendo. Me estoy acercando a mucha gente. Gente que conoce otra gente. Conocen la reunión, la presentación. Me meten a proyectos*.”

Arturo, ingeniero en sistemas, por su parte, muestra el camino de vía de acceso por medio de redes sociales más amplias, en su caso, ligadas a los vínculos generados en la universidad. Se tituló a los veinticuatro años y de inmediato logró colocarse en la empresa donde continúa laborando gracias a la referencia de uno de sus profesores universitarios que presta servicios de consultoría empresarial. Relata esta modalidad en los siguientes términos:

“*un maestro me mandó un correo, diciendo que estaba una oportunidad. Fui a la entrevista. Fui a un lugar donde organizan eventos. Fui de encargado de los portales [páginas de internet] de la empresa. Me contrataron*”.

La cuarta modalidad de incorporación laboral observada describe la *utilización mecanismos de mercado* para asegurar un empleo profesional. Constatamos que esta vía de incorporación al mundo del trabajo no es muy utilizada por el grupo de jóvenes, pues tan sólo una tercera parte intentó resolver su transición laboral siguiendo este sendero. Más aún, estos casos muestran que este puede ser un camino riesgoso, ya que puede dar lugar a experiencias de desempleo, precariedad laboral y desvinculación profesional.

Dos situaciones límite ilustran estos casos. En el primer escenario aparecen los relatos de Antonia, veinticuatro años, licenciada en relaciones internacionales e Ismael, veintitrés años, licenciado en diseño gráfico y publicidad. Ambos, al graduarse, decidieron emprender la búsqueda de empleo recurriendo a mecanismos de mercado. Sus primeros trabajos fueron precarios. La primera, laboró como mesera, en cafeterías, bares y como animadora de eventos sociales, constituyendo un caso típico de precariedad por desvinculación y desprotección laboral. El segundo tuvo inserciones precarias en el sector industrial, en este caso vinculadas a su campo profesional.

Antonia experimentó la presión familiar, para que “*buscará un trabajo de verdad*”, es decir, un “*empleo fijo*”. En este caso la familia intervino para reorientar su trayectoria laboral a efectos de que tomará ventaja de sus recursos. Ante la presión familiar, ella decidió retomar la búsqueda de trabajo por medio de instituciones privadas de intermediación laboral. Fue en este momento cuando por medio de una “*bolsa de empleo virtual*” logró un empleo, vinculado a su campo profesional, en una fundación privada, ocupando el puesto de asistente general. Este empleo le brindó un trabajo de tiempo completo, contrato escrito, prestaciones laborales y un salario cuatro veces superior al mínimo de ley.

En tanto Ismael, después de tener conflictos con su padre, por haber estado inactivo varios meses, a raíz de una fuerte depresión, inició la búsqueda de empleo. “*Estuve aplicando para varios trabajos. Pues normal. Una entrevista y ya me aceptaron*”. En este trabajo, donde podía ejercer y ampliar sus conocimientos profesionales, tenía contrato y prestaciones y un sueldo competitivo. En su caso la precariedad no está asociada a la desprotección laboral sino a la sobreexplotación ya que, en la empresa donde trabajaba, las condiciones laborales y el abuso laboral eran una práctica cotidiana. Por este motivo él se sintió insatisfecho con su trabajo “*tenían mal trato con la gente. Como que los exprimían de más*”. Adicionalmente, indica, los obligaban a trabajar horas extras, sin previo aviso y sin retribución adicional. Cuando le exigieron trabajar los sábados, decidió renunciar al trabajo, “*fue cuando dije: ´ya no voy. Yo no puedo darles todo mi tiempo sin que ustedes me den nada a cambio´*”. Posteriormente, experimentó un período de desempleo del cual se ha librado gracias a la ayuda a familiar, lo cual le ha permitido programar el inicio de sus estudios de maestría.

El segundo tipo de experiencia, más traumática aún, acontece cuando los recursos sociales, institucionales y personales son insuficientes para enfrentar un mercado laboral con oportunidades limitadas. Aquí emerge un itinerario laboral caracterizado por trabajos temporales, mal remunerados, sin ninguna protección y desvinculados de su campo profesional. Seguido del desempleo de larga duración, la frustración, la angustia y la crisis emocional.

 Gerardo, joven de 28 años, graduado en ciencias políticas y administración pública, vivió está experiencia. Relata que, al concluir sus estudios, era optimista sobre su futuro laboral, pero “*después de un año de francos fracasos*” entró en depresión “*de nada sirvió ser el mejor estudiante de mi promoción*”. Su búsqueda de trabajo desencadenó una ruta de constantes permutas laborales, pasando de un trabajo precario a otro peor. “P*rimero fui asesor de un diputado por cuatro meses*”, su sueldo mensual fue de 1.5 salarios mínimos. Después “*fui maestro de una preparatoria*”, recibida 1.3 salarios mínimos mensuales como sueldo. Y, luego “*estuve en un Call Center de ventas*”. Gerardo relata su vivencia en los siguientes términos:

 “*me sentía muy mal. Sentía que todo el esfuerzo que había hecho por mis estudios todo no servía para nada. Era una desilusión tremenda. Y, aparte, una desesperación. Decía y ahora cómo le voy a hacer para conseguir un trabajo. Ni por dónde saliera una oportunidad*”.

Gerardo concluye que esta experiencia fue aleccionadora. Le convenció de la necesidad de abrir nuevas perspectivas. Para ello decidió iniciar una segunda carrera universitaria, también en una escuela privada, pero ahora, optó por una carrera con alta demanda de mercado “contaduría pública”. Escogí esta carrera pues “*tenía que tener algo que me diera certidumbre, seguridad*”.

 Finalmente, logra acceder, gracias a sus redes sociales, a una posición laboral de alto rango, en el gobierno del municipal. Aquí inició una carrera profesional hasta ocupar el puesto de “*director el instituto de la juventud*” en una dependencia pública. En este trabajo tiene un salario alto y todas las prestaciones de ley. Sabe que su empleo no es seguro, pues está expuesto a los “*ciclos políticos*”. Reconoce que no accedió a este trabajo por una vía de mercado, sino por sus redes políticas.

“*No entré [a este trabajo] por ser politólogo, ni por ser muy bueno, ni por haber sido el primer lugar [record de excelencia académica en sus dos carreras]. Llegué por recomendación de una persona. Una amistad que tenía un cargo aquí en el municipio. Me conocía muy bien. Él me recomendó y me ayudó para que entrara como promotor*”.

Los casos de Antonia, Ismael y Gerardo muestran los riesgos a que están expuestos estos jóvenes cuando recurren a los mecanismos de mercado para orientar la transición escuela-trabajo. Pero también que sus experiencias críticas pueden superarse movilizando los recursos a que da acceso su posición social o invirtiendo, aún más, en su formación para aumentar su nivel de empleabilidad.

Por otro lado, los casos de Sonia y Wilson ponen de manifiesto que los jóvenes profesionistas de estratos medios altos, pueden enfrentar barreras de mercado difíciles de traspasar, pese a contar con amplios recursos laborales y apoyos familiares decididos. Pero, en este caso, tales barreras parecen derivar de las propias elecciones de vida de estos jóvenes.

 Sonia, veintiocho años, abogada, casada y en espera del nacimiento de su primer hijo, también enfrentó dificultades de inserción laboral. Al concluir su carrera, se casa y emigra a Nueva York a vivir con su marido, un joven abogado mexicano. Un año después regresa a Monterrey. A partir de su retorno Sonia estuvo desempleada durante ocho meses. Período en el cual desarrolló una búsqueda activa de empleo “*empecé a buscar trabajo*” “*de tocar puertas y buscar trabajo en todos lados*”. En esta búsqueda activó sus redes, y las de su marido; recurrió a la bolsa de empleo para egresados de su universidad y a los mecanismos clásicos de mercado. Pero no tuvo resultados positivos. Hasta que, finalmente, logró conseguir un empleo en el sector bancario, estable, buen salario, prestaciones y jornada de ocho horas, cinco días a la semana. Sonia, afirma, de manera enfática, que tuvo acceso a este empleo por medio de redes sociales.

 “*Fue por una conocida. O sea, no fue por medio de la bolsa de empleo, ni periódico, ni nada, sino que me lo ofreció alguien, quien le preguntó a una amiga quien mandó mi currículum con, el de varias conocidas de ella, y me hablaron a mí y me qué al final*.”

 Después de trabajar durante tres años en este empleo, Sonia renuncia. El motivo su primer embarazo. Decide, entonces, priorizar la maternidad. Empieza a buscar empleos con horarios flexibles, que le permitan atender sus nuevas responsabilidades y conciliar las obligaciones del hogar y del cuidado de su futuro hijo, con su inserción laboral. De nueva cuenta, enfrenta problemas de desempleo. A la fecha de la entrevista, no ha logrado conseguir un empleo profesional que se ajuste a sus expectativas: salario alto y horario flexible.

Su caso pone de manifiesto otros factores que limitan la participación de mujeres jóvenes profesionistas en el mundo laboral. Se observan decisiones laborales mediadas por roles de subordinación de género que condicionan y limitan el desarrollo de una carrera profesional.

Wilson, por su parte, veintiocho años, odontólogo, muestra también una trayectoria con dificultades para alcanzar una inserción laboral satisfactoria. Sus problemas están relacionados con la precariedad laboral, el pluriempleo y la desvinculación profesional.

La transición escuela-trabajo de Wilson fue diferente a la del conjunto de casos hasta ahora estudiados. Wilson, decidió, al concluir su universidad, a los veintitrés años, hacer un alto en el camino. Tomó la decisión de migrar a la Ciudad de México, donde laboró, durante seis meses, en la actividad de venta de libros a domicilio, sin ningún tipo de contrato, prestación social o estabilidad laboral. “*vivía en un templo. Vendía libros de filosofía y religión*”. Es decir, se desvinculó por completo de su campo profesional. Posteriormente, emigró a Estados Unidos, donde ingresó con una visa de turista, pero se quedó laborando, sin permiso de trabajo, por otros seis meses. En ese país se empleó en “*trabajos informales*”.

Posteriormente, regresó a Monterrey, a vivir a la casa de sus padres. Su trayectoria laboral, en un inició no cambió sustantivamente, pues experimentó períodos de desempleo que alternaba con trabajos precarios. “*He tenido así muchos trabajos pero que no han sido un gran trabajo. Como trabajos, así, mugrosos. Entonces, yo saco lo que necesito y gracias*”. Narra que ha trabajado en varios Call Centers.

 Indica que, en la actualidad, trabaja en un Call Center, en los turnos de la mañana. Tiene contrato escrito y prestaciones de ley. Sin embargo, no lo considera u un buen trabajo. Wilson combina este trabajo con el que realiza como odontólogo por las tardes. Hace dos años, con ayuda de sus padres, abrió un consultorio dental localizado en la vivienda familiar. Considera, sin embargo, que no le va bien “*porque necesita un segundo trabajo*”.

Su caso muestra cómo una decisión personal implicó romper una trayectoria laboral lineal, lo cual desencadenó un itinerario laboral caracterizado por la desvinculación profesional, la inestabilidad laboral y el pluriempleo. Y, aunque su familia ha intervenido, movilizando recursos para revertir esa trayectoria, el influjo de la decisión personal todavía deja sentir sus efectos sobre su situación laboral presente.

***A manera de cierre***

El análisis realizado nos ha permitido constatar que las familias de clase media alta realizan ingentes esfuerzos, durante el curso de vida de sus hijos e hijas, para fomentar su desarrollo humano, ampliar sus oportunidades de vida y expandir sus horizontes de elección futura. Todo con el fin de dotar a sus hijos e hijas de una dotación amplia de recursos que les permita, durante la adultez, acceder a un empleo profesional de calidad, garantía indispensable para disfrutar de un buen nivel de vida.

Estas familias desarrollan prácticas de crianza y socialización; toman decisiones sobre trayectorias educativas esperadas, generan un clima escolar propicio para sobrellevar una trayectoria escolar prolongada, fomentan, desde temprana edad, el desarrollo de competencias sociales, asesoran y orientan a sus hijos e hijos en sus elecciones académicas y en el proceso de selección de sus carreras profesionales, y a apoyarlos cuando deciden cambiar de rumbo, enfatizando siempre, una ruta de vida profesional.

Estos jóvenes, por su parte, no tuvieron que trabajar para costear sus estudios. Esto les permitió gozar del privilegio de la dedicación exclusiva al estudio y de tiempo libre para el ocio o para expandir sus universos culturales, ampliar sus conocimientos y desarrollar habilidades altamente valoradas en los mercados de trabajo globales. Adicionalmente, han tomado decisiones para posponer las transiciones a la adultez asociadas con la primera unión, el nacimiento del primer hijo y la independencia económica. También optaron por continuar viviendo en la casa de sus padres con el fin de realizar estudios de postgrado, mantener un estilo de vida que no podrían financiar por sí mismos o para ahorrar recursos que esperan invertir en su propio bienestar futuro.

Finalmente, en cuanto a las trayectorias laborales, se observó un alto nivel de logro laboral, tanto entre quienes optaron por una ruta asalariada, como entre quienes lo hicieron por la ruta del trabajo profesional independiente. El núcleo principal del grupo experimentó una transición laboral fluida. Accediendo, en sus primeros intentos, a empleos protegidos, bien remunerados y vinculados a su campo profesional. Quienes tuvieron dificultades, han intensificado la movilización de los recursos familiares y de sus redes sociales para superar las amenazadas de un mercado laboral donde la precariedad laboral es un hecho generalizado.

En términos laborales, el factor clave del éxito, fue la movilización, en su favor, de la amplia dotación de recursos familiares, sociales e institucionales de que disponen esos jóvenes para acceder a las mejores oportunidades laborales disponibles en su entorno. Es decir, evadir la competencia directa en el mercado de trabajo, como vía para acceder a rutas laborales que garantizan, en el futuro, la reproducción intergeneracional de los privilegios que mantienen las clases medias altas. Aunque estos jóvenes han acumulado una dotación muy alta de recursos laborales, que sin duda les confiere ventajas posicionales en el mercado de trabajo local, su éxito laboral está atado al funcionamiento de una estructura social donde el origen social continúa ejerciendo un gran influjo sobre la trayectoria de vida de los individuos.

1. Según Estrada (2011) en México, a mitad del siglo pasado ser profesionista era un privilegio. “*Según el censo de 1950, apenas un poco más de 100 mil mexicanos contaban con estudios superiores -el 0.4% de la población mayor de 25 años de edad*-”. En contraste, la tasa bruta de cobertura de educación superior, en el 2018 es del 37.3% (Mendoza, 2018). Por su parte, Muñoz Izquierdo (2006) estima que en el periodo 1950-1960 existía una relación de 1.5 puestos calificados disponibles por cada profesionista. En contraste, en el año 2000 la relación había descendido a 0.27. Es decir, por cada puesto de nivel profesional generado existían 3.73 profesionistas disponibles. [↑](#footnote-ref-1)
2. En el imaginario popular mexicano el adjetivo fresa se emplea para referirse a jóvenes privilegiados de extracción social alta. Sobre el particular véase Martínez, 2014 y Chaparro, 2016. [↑](#footnote-ref-2)
3. Para un análisis de cómo juegan los mecanismos de intermediación laboral, mercantiles y no mercantiles, en los procesos de búsqueda de trabajo entre poblaciones juveniles, en urbes brasileñas, véase Araujo, Alves y da Silva, 2010 y Araujo, 2016. [↑](#footnote-ref-3)
4. La expectativa salarial del grupo de jóvenes analizado ronda, en promedio, alrededor de US$ 3,000 mensuales. En tanto que su salario promedio actual es de US $1,500 dólares. [↑](#footnote-ref-4)